



CAPÍTULO 1

Diez años
más tarde

Las calles de Gatlon desbordaban de falsos superhéroes.

Los chicos corrían por todos lados, vestidos con capas anaranjadas, aullando y sacudiendo bengalas fosforescentes sobre la cabeza o disparándose con pistolas de agua parecidas a las de Tsunami. Hombres adultos se habían enfundado leggings azules y se habían pintado hombreras, para copiar la armadura del Capitán. Ahora se hallaban chocando copas dentro de los jardines de cerveza acordonados que se extendían a lo largo de la calle principal. Este año también estaba de moda intercambiar el género. Incontables mujeres se habían presentado con versiones atrevidas del entero característico de Dread Warden, y muchos hombres habían atado a sus espaldas réplicas baratas de las negras alas emplumadas de Thunderbird.

Ay, cómo odiaba Nova el Desfile de los Renegados.

Los vendedores ambulantes hacían lo propio, pregonando de todo: desde varitas cursis que se encendían hasta versiones en peluche del famoso quinteto de los Renegados. Incluso los camiones de comida se



hallaban celebrando el tema del día, con pasteles de embudo del Capitán Chromium y cestas de Tsunami de pescado frito y patatas fritas, y un letrero anunciaba: “POLLO REBOZADO CON PALOMITAS DE MAÍZ, EL FAVORITO DE DREAD WARDEN: ¡COMPRA AHORA ANTES DE QUE DESAPAREZCA!”.

Si Nova había tenido hambre para empezar, estaba segura de que, a estas alturas, se había quedado sin apetito.

La multitud estalló en una gran ovación. El estruendo de una banda de música se abrió paso entre los chillidos y murmullos. Cornetas, tambores y el martilleo continuo de cientos de músicos sincronizados se desplazaron por la calle. La música sonó más fuerte, ahora justo delante de ellos. Los cañones estallaron por encima, cubriendo a la multitud con papel picado. Los chicos enloquecieron. Los adultos no estaban mucho más cuerdos.

Nova sacudió la cabeza, un tanto decepcionada con la humanidad. Se hallaba parada detrás de la multitud, sin poder ver demasiado del desfile en sí, algo que la tenía sin cuidado. Cruzó los brazos a la defensiva sobre el pecho; los dedos tamborileaban a un ritmo impaciente contra el codo. Ya tenía la impresión de que había estado de pie en aquel lugar durante una eternidad.

De pronto, las ovaciones se convirtieron en un coro de abucheos excitados, que solo podían significar una cosa: la aparición de las primeras carrozas.

Era tradición que las carrozas de los villanos pasaran primero, para incitar de verdad a la multitud, y para recordarle a todo el mundo lo que celebraban. Hoy era el noveno aniversario de la Batalla de Gatlon, en la que los Renegados se habían enfrentado a los Anarquistas y a otras bandas de villanos en un violento combate que terminó con decenas de muertes en ambos lados.

Habían ganado los Renegados, por supuesto. Los revolucionarios de Ace fueron derrotados, y los pocos villanos que no murieron aquel día

desaparecieron al pasar a la clandestinidad o, directamente, se marcharon de la ciudad.

Y Ace...

Ace Anarquía estaba muerto, aniquilado por la explosión que arrasó la catedral donde vivía.

Aquel día marcó, de un modo oficial, el fin de la Era de la Anarquía, y el comienzo del gobierno del Consejo.

Lo llamaron *el Día del Triunfo*.

Nova levantó la mirada para observar un globo gigantesco, casi del ancho de la calle, flotando entre los rascacielos. Era una réplica caricaturesca de Cerebro Atómico, que había sido uno de los aliados más próximos de Ace antes de que los Renegados lo mataran unos quince años atrás. Nova no lo conoció personalmente pero, de todos modos, sintió una punzada de resentimiento al ver cómo lo caracterizaba el globo: con la cabeza abotagada y el rostro grotescamente desfigurado.

La multitud rio y rio.

El diminuto transmisor crepitó dentro de su oreja.

–Y así comienza –oyó la voz de Ingrid, irónica y contrariada.


–Que ríen –respondió Phobia–. No reirán mucho tiempo más. Pesadilla, ¿estás en posición?

–Copiado –dijo Nova, cuidando de mover los labios lo menos posible, aunque dudaba de que alguien de la multitud estuviera prestándole atención–. Solo necesito saber sobre qué azotea quieres que me ubique.

–El Consejo no ha abandonado aún el depósito –indicó Phobia–. Te avisaré cuando lo haga.

Nova echó un vistazo hacia el otro lado de la calle, a la ventana de la segunda planta de un edificio de oficinas, donde apenas vislumbraba a Ingrid –o a la *Detonadora*, como la conocía el público–, escudriñando a través de las persianas.

Los abucheos de la multitud comenzaron de nuevo, más entusiastas



que antes. Por encima de la cabeza de los espectadores, Nova alcanzó a ver una elaborada carroza de desfile. Sobre ella había una versión en miniatura del contorno de la ciudad de Gatlon y, entre los edificios, actores que llevaban disfraces sofisticados, diseñados para parecerse a algunos de los miembros más conocidos de la banda de Ace. Nova reconoció a Rat y a Brimstone, ambos asesinados a manos de los Renegados. Pero antes de que pudiera ofenderse en nombre de ellos, advirtió una figura oscura cerca de lo más alto de la carroza. Una carcajada de sorpresa se escapó de sus labios, aliviando un tanto la ansiedad que había estado acumulándose durante toda la mañana.

–Phobia –dijo–, ¿tenías idea de que iban a exhibir las carrozas de villanos este año?

Se oyó un siseo a través del auricular.

–No estamos aquí para admirar la carroza, Pesadilla.

–No te preocupes. Luces genial allá arriba –dijo, mirando al actor. Se había enfundado una larga capa negra y llevaba una enorme guadaña de plástico con un montón de serpientes de goma pegadas al mango. Pero cuando abrió la capa, en lugar de estar envuelto en sombras, el actor reveló un físico pálido y delgado sin otra cosa que un slip de baño color verde lima.

La multitud enloqueció. Hasta la mejilla de Nova se retorció.

–Tal vez, se hayan tomado algunas libertades.


–Creo que me gusta más –dijo Ingrid con un bufido, observando el desfile desde la ventana.

–No deja de inspirar terror –accedió Nova.

Phobia no dijo nada.

–¿Acaso aquello no es...? –comenzó a decir Ingrid–. Oh, por todos los escuadrones de bombas, este año tienen a una Abeja Reina.

Nova volvió a mirar. Al principio, la actriz estaba oculta del otro lado del paisaje urbano, pero luego se colocó ante su vista, y las cejas de Nova



se dispararon hacia arriba. La peluca rubia de la mujer era el doble del tamaño de su cabeza, y su vestido de lentejuelas negro y amarillo no podía ser más ordinario al brillar con la luz de la tarde. El rímel negro le chorreaba por las mejillas, y sujetaba contra el pecho un enorme abejorro de peluche, quejándose del trato injusto a sus pequeños fabricantes de miel.

–Guau –dijo Nova–. En realidad, no es una imitación mala.

–No veo la hora de contarle a Honey –comentó Ingrid–. Deberíamos estar grabándolo.

Los ojos de Nova recorrieron la multitud apiñada por lo que podía ser la milésima vez. Permanecer quieta la ponía nerviosa. Estaba hecha para moverse.

–¿Estás ofendida por que no haya una Detonadora? –preguntó.

Hubo una larga pausa.

–Pues *ahora* sí –dijo Ingrid.

Nova se volteó una vez más hacia el desfile. Se puso de puntillas, tratando de vislumbrar si alguno de sus otros camaradas estaban entre los disfraces, cuando un estrépito sobresaltó a la muchedumbre. La parte superior del edificio más alto de la carroza –una réplica de la Torre de los Mercaderes– acababa de estallar hacia arriba. Una nueva figura emergía, riéndose histérica mientras levantaba las manos hacia el cielo.

Nova cerró la mandíbula con fuerza. La diversión del momento quedó empañada por una oleada de furia.

El disfraz de Ace Anarquía era el más real de todos: el traje familiar negro y dorado, el casco icónico llamativo.

La sorpresa del público desapareció rápidamente. Para muchos, este era el punto culminante del desfile, incluso más atractivo que ver a su amado Consejo.

En pocos segundos, la gente comenzó a buscar las frutas podridas y las coles marchitas que habían traído consigo justamente para esto. Comenzaron a golpear la carroza de los villanos, gritando obscenidades

y burlándose de los villanos que iban a bordo. Los actores lo soportaron con asombroso estoicismo, inclinándose tras los edificios y aullando con horror fingido. El imitador de Ace Anarquía soportó lo peor del embate, pero nunca abandonó su personaje, sacudiendo el puño y llamando a los chicos, delante de la multitud, *bribones apestosos* y *pequeñas pesadillas*, antes de introducirse por fin en el hueco del edificio y jalar la tapa sobre sí, y dejar preparada la sorpresa para la siguiente calle de espectadores.

Nova tragó. Sintió que el nudo del estómago se aflojaba una vez que la carroza de los villanos había pasado.

Mi pequeña pesadilla...

También él la había llamado así hacía tantos años.

Después de las carrozas, vino un conjunto de acróbatas y un enorme globo de Thunderbird, planeando encima de ellos. Nova vio una pancarta montada en largos palos para sostenerla, que promocionaba las inminentes pruebas de selección de los Renegados.

Audaz. Valeroso. Justo. ¿Tienes lo que hace falta para ser un héroe?

Simuló hacer una fuerte arcada; una anciana que pasó cerca le dirigió una mirada hostil.

Un cuerpo se estrelló contra ella. Nova se tropezó hacia atrás, apoyando instintivamente las manos sobre los hombros de una niña y enderezándola antes de caer sobre la acera.

—Oye, ten cuidado —dijo Nova.

La niña levantó la mirada: un antifaz le cubría los ojos, la hacía lucir como una versión más pequeña, flacucha y femenina de Dread Warden.

—¿Qué fue eso, Pesadilla? —preguntó Ingrid en su oído. Nova la ignoró.

La niña se alejó farfullando disculpas. Luego se volteó y se adentró nuevamente entre la muchedumbre.

Nova se ajustó la camisa y estaba a punto de voltearse hacia el desfile cuando vio que la chica se estrellaba contra otra persona. Solo que, en lugar de enderezarla como lo había hecho ella, el desconocido se puso

en cuclillas, sujetó el tobillo de la chica y la dio vuelta con un movimiento rápido.

Nova miró boquiabierta al desconocido que acarreaba a la chica, que gritaba y le golpeaba el pecho, de nuevo, en dirección a ella. Él tenía aproximadamente la edad de Nova, pero era mucho más alto, con piel morena, cabello bien corto y gafas de marco grueso. Por cómo caminaba entre la multitud, parecía estar llevando uno de aquellos muñecos de peluche cursi del Capitán Chromium, más que una niña que gritaba y gesticulaba.

Se detuvo delante de Nova, con una sonrisa paciente en el rostro.

–Devuélvelo –dijo.

–¡Bájame! –gritó la niña a su vez–. ¡Suéltame!

Nova desplazó la mirada del joven a la niña y luego echó un rápido vistazo a la multitud circundante. Había demasiadas personas observándolos. Observándola a *ella*. Eso no era bueno.

–¿Qué haces? –preguntó volviéndose de nuevo hacia el muchacho–. Déjala en el suelo.


La sonrisa del joven se tornó aún más serena, y el corazón de Nova trastabilló. No solo porque poseía una de aquellas sonrisas fáciles que hacían desvanecer a otras chicas, sino porque tenía algo inquietantemente familiar. Nova comenzó de inmediato a devanarse los sesos para descubrir de dónde lo conocía y si era o no una amenaza.

–Muy bien, miniurraca –dijo ligeramente condescendiente–, tienes tres segundos antes de que te denuncie y te sancionen. Ahora que lo pienso, estoy bastante seguro de que, en los últimos tiempos, nuestro equipo de limpieza está necesitando un poco de ayuda...

La niña resopló y dejó de forcejear. Su antifaz comenzó a deslizarse hacia abajo, a punto de caerse de su frente.

–Te odio –gruñó y metió la mano en el bolsillo. Al sacarla, la tendió hacia Nova. Ella extendió la suya a su vez de un modo vacilante.

Un brazalete –su brazalete– cayó en la palma de su mano.



Nova se miró la muñeca, donde una tenue marca bronceada indicaba el lugar donde había llevado el brazalete todos los días durante años.

La voz de Ingrid sacudió el interior de su cabeza.

—¿Qué sucede allá abajo, Pesadilla?

Nova no respondió. Apretando el brazalete con el puño, clavó una mirada de ira en la niña, que tan solo la miró furiosa a su vez.

El joven la dejó caer bruscamente, pero la niña rodó con facilidad al golpear contra la acera y se puso de pie de un salto antes de que Nova pudiera pestañear.

—No te denunciaré —dijo el joven— porque estoy convencido de que, en el futuro, tomarás mejores decisiones después de esto, ¿verdad, Urraca?

La niña le dirigió una mirada de desagrado.

—No eres mi papá, Sketch —gritó. Luego se volteó y huyó doblando la primera esquina.

Nova miró al muchacho con los ojos entrecerrados.

—Solo irá a robarle a otro, sabes.

La voz de Ingrid zumbó en su oído.

—Pesadilla, ¿con quién hablas? ¿A quién le están robando?


—... tal vez, la haga repensar en sus opciones —decía el muchacho. Sus ojos se cruzaron brevemente con los de Nova, y luego descendieron a su puño—. ¿Necesitas ayuda con eso?

Los dedos de Nova se cerraron aún más.

—¿Con qué? ¿Con el brazalete?

Él asintió, y antes de que Nova pudiera advertir lo que estaba sucediendo, le había tomado la mano y comenzado a abrírle los dedos. Ella estaba tan aturdida por la acción que, antes de que se le ocurriera impedirlo, el joven había tomado el brazalete de su mano.

—Cuando era chico —dijo, tomando la filigrana cobriza entre los dedos—, mi mamá solía pedirme que la ayudara con su braza... —hizo una pausa—. Oh, se rompió el broche.



Nova, que había estado escrutando su rostro con perplejidad recelosa, descendió la mirada al brazalete. Su pulso se aceleró.

–¡Esa pequeña mocosa!

–¿Nova? –crepitó la voz de Ingrid–. ¿Te han descubierto?

Nova la ignoró.

–Descuida –dijo el joven–. Puedo arreglarlo.

–¿Arreglarlo? –intentó quitarle el brazalete, pero él se resistió–. No entiendes. Ese brazalete no es... es...

–No, créeme –dijo, metiendo la mano en el bolsillo trasero y sacando un rotulador negro de punta fina–. Es esta muñeca, ¿verdad? –envolvió el brazalete alrededor de la muñeca de Nova, y de nuevo, la sensación de que la tocaran de un modo tan extraño e inesperado la paralizó.

Con el brazalete en una mano, él destapó el rotulador con los dientes y se inclinó sobre la muñeca de Nova. Comenzó a dibujar sobre su piel en el espacio entre los dos extremos del broche roto. Nova miró el trazo: dos pequeños eslabones que conectaban la filigrana y, entre ellos, un broche delicado. Resultaba sorprendentemente ornamentado para ser un dibujo con rotulador y combinaba a la perfección con el estilo del brazalete.

Cuando terminó el dibujo, el muchacho volvió a ponerle la tapa al rotulador, nuevamente con los dientes. Luego acercó la muñeca a su rostro. Sopló: una exhalación suave y etérea sobre la parte interior de la muñeca de Nova. Una oleada de piel de gallina recorrió el brazo de ella.

Entonces, el dibujo cobró vida, saliendo de su piel y adquiriendo forma física. Los eslabones se fusionaron con los extremos del brazalete hasta que a Nova le resultó imposible darse cuenta de dónde terminaba el brazalete real y dónde comenzaba el broche falso.

No, aquello no era completamente cierto. Al observar con más detenimiento, él percibió que el broche que había realizado no era exactamente del mismo color dorado cobrizo, sino que tenía un tinte rosado,

e incluso una tenue línea de azul donde el dibujo había cruzado una de las venas bajo su piel.

–¿Y la piedra? –preguntó el joven, volteándole la mano y dando un golpecito con el rotulador sobre el espacio vacío, que alguna vez había sido diseñado para una gema preciosa.

–Eso ya no estaba –balbuceó Nova.

–¿Quieres que te dibuje una de todos modos?

–No –dijo ella, jalando la mano hacia atrás. Levantó los ojos justo a tiempo para advertir un destello de sorpresa, y añadió rápidamente–: No, gracias.

El joven parecía a punto de insistir, pero luego se detuvo y sonrió.

–Está bien –dijo. Volvió a meter el rotulador en el bolsillo trasero.

Nova giró la muñeca a ambos lados. El broche no se movió.

La sonrisa del muchacho adquirió un sutil dejo de orgullo.

Obviamente era un prodigio. Pero también era...

–¿Un Renegado? –preguntó ella, sin esforzarse por soslayar el tono de sospecha.

–¿Un Renegado? –gritó Ingrid–. ¿Con quién hablas, Nova? ¿Por qué no estás...?

La multitud estalló en un nuevo frenesí de gritos y aplausos, ahogando la voz de Ingrid. Una serie de fuegos artificiales salieron disparados desde la carroza del desfile que acababa de emerger, detonando y titilando entre las aclamaciones de quienes observaban.

–Parece que llegaron los titulares –dijo el muchacho, un tanto desinteresado mientras echaba un vistazo por encima del hombro hacia la carroza.

–Estación oeste, Pesadilla. Estación oeste –chisporroteó la voz de Phobia. La determinación sacudió la espina vertebral de Nova.

–Entendido. El joven volteó de nuevo hacia ella. Una pequeña arruga se formó encima del puente de sus gafas.

Nova dio un paso atrás.



–Tengo que irme –giró sobre sus talones y se abrió paso a través de un grupo de partidarios de los Renegados que llevaban disfraces.

–¡La próxima semana se llevarán a cabo las pruebas de selección de los Renegados! –dijo uno, empujando un trozo de papel en la cara de Nova–. ¡Abiertos al público! ¡Vamos, vengan todos!

Nova hizo un bollo con el volante sin mirarlo y lo metió con fuerza en el bolsillo.

–¡De nada! –oyó que gritaba el muchacho a sus espaldas.

Ella no volvió la vista atrás.

–El objetivo está pasando Altcorp en este momento –dijo Phobia, al tiempo que Nova se deslizaba entre las sombras de un callejón–. ¿Cuál es tu estatus, Pesadilla?

Comprobó que el callejón estuviera vacío antes de levantar la tapa de un contenedor de basura e impulsarse sobre el borde. Allí la esperaba su bolso de lona, apoyado sobre la cima del montón.

–Busco mis pertenencias –dijo, levantando rápidamente el bolso. Volvió a dejarse caer sobre el suelo. La tapa del contenedor se cerró con un estrépito–. Estaré sobre el tejado en dos minutos.

–Que sea uno –dijo Phobia–. Tienes que matar a un superhéroe.